

ALEJANDRO LÓPEZ PÉREZ

¿Qué recuerdos conserva de cuando era pequeño?

Buenos. Jugar al Marro en la Plaza con Pedro López Angulo, Celestino Royo Martínez, Vicente Pérez Pérez e Isidoro Andrés Aznar. Escondernos por las puertas de las casas. Ir por las calles con un redoncho (aro) guiado con su palo, todo de hierro. Jugar con una trompa (peonza) de madera, ¡Ah! y también ir a los corrales a echar comida a los cordericos.

¿Y de la Primera Comunión?

Yo comulgué solico con cuatro chicas, y menos mal que me acompañó el Isidoro que ya había hecho la Primera Comunión.

Salimos de la Iglesia y el cura D. Gregorio, nos invitó a desayunar chocolate en casa de Joaquina Aznar.

Dimos la vuelta al pueblo y recogimos por las casas huevos; luego en la comida nos los comimos en casa de mi tía Andrea.

¿Hasta qué años estuvo en la Escuela, y de qué se acuerda?

Estuve hasta los 14 años. Empecé con Doña Angela, que era muy buena y no nos castigaba. Lo que más me gustaba era escribir a dictado y no tenía faltas.

Después llegó otra maestra, Doña María que vivió en casa de la tía Colasa. Cuando yo tenía 11 años vino de maestro D. Angel, y nos enseñó mucho.

De joven, ¿de qué disfrutaba más?

De lo que más, bailar “agarraus”, rondar por la calle y cantar. Teníamos todos los domingos baile en el Horno y a veces en casa de la Angeles. Tocaban la bandurria Manuel Cardiel Cardiel y



Alejandro López Pérez

Vicente Pérez Cardiel y la guitarra Mariano Lezcano Aznar y Manuel Pérez Pérez y les pagábamos dos duros a cada uno.

En las rondas cantábamos a estilo jota debajo de los balcones de las casas de las chicas.

Para las fiestas venían alguna vez, los “Rosindos” de Aranda con violines y guitarra; la orquesta de Sestrica y el “Coloráu” de Gotor con bandurria y su compañero con guitarra.

Como fin de fiestas, el último día todos los jóvenes nos comíamos un cordero en la bodega.

¿Recuerda algunas tradiciones?

Sí, la mañana del 1 de mayo los mozos poníamos el mayo. Cortábamos un chopo donde nos parecía, que fuese largo y derecho. Se pelaba hasta la mitad para que nadie subiera y lo poníamos “pingau” y atado con cuerdas en la Plaza. Así estaba el chopo todo el mes de mayo, hasta que el último día se lo llevábamos al dueño a su corral.

Otra tradición que se hacía en primavera cuando había sequía era, irnos con “los santos” hasta La Probela y cantar con el cura “Rogativas de lluvia” para que lloviese.

También se tenía costumbre de que los dos o tres chicos más mayores se encargaban, cada vez que un forastero quería festejar con una del pueblo, de “cobrarle la manta”, dinero que servía para que nos invitase a una merienda a todos los chicos, aunque si faltaban monedas, las poníamos los jóvenes.

¿Se acuerda de sus padres o abuelos?

Mi madre se portaba muy bien con “mí”, aunque a veces me mandaba regar por la noche.

Mi padre no me pegó nunca, e íbamos a trabajar y jamás discutíamos. Me enseñó todo el oficio, y recuerdo que uno de los primeros encargos fue regar en la Cueva y en la aldea.

Te voy a contar una anécdota. Estaba con mi padre labrando una viña en Los Torrijos, cuando empecé a apedregar muy fuerte y nos tuvimos que meter en una cabaña que había allí, y como “apedregaba” tanto, mi padre sacó su navaja y la dejó fuera, cerca de la puerta, en el suelo junto a unas piedras y con la punta hacia arriba. Decía que era para que se retirase la tormenta.

¿Qué es para usted Oseja y qué parte del pueblo le gustaba más?

Lo tengo como lo que es, tengo la pila de bautismo allí y la respeto como si fuera mi madre. De Oseja no saldría, pero hay que estar en todas partes.

Como labrador, siempre me ha gustado la Dehesa baja. Del pueblo, la Plaza, porque me crié allí.

¿Se siente aragonés?

Aragón es el mejor reino para mí. Con las palabras y el acento no me entiendo con otros.

¿De qué ha trabajado en Oseja?

De Labrador. Labrar y segar era lo que más me gustaba; incluso después de terminar lo nuestro, todos los años iba también a segar a Castilla desde los 20 a los 40 años. La verdad es que he hecho de

todo, plantar viñas, árboles, ir con las caballerías, “carriar” (transportar) el fiemo al femaral y a los campos, etc.

¿Mejor el pueblo o la ciudad?

El pueblo. Tengo mis bienes, me crié y me gusta mucho.

Aún me acuerdo cuando venían los tratantes de Nigüella, y de Calatayud los Moreno y los Villarroya a vender caballerías y manadicas de muleros de Galicia, que en el pueblo los compraban pequeños para criarlos y luego venderlos el 8 de septiembre en la feria de Calatayud.

¿Qué les recomienda a la juventud?

Les recomendaría que no dejen los estudios, que no se olviden del pueblo, que son las raíces de sus abuelos.

¿Qué es lo que más y menos le gusta de su vida actual?

Lo tenemos todo en comodidades que nos apetecen y que antes no teníamos.

Nunca me ha gustado ir de bares, pero la gente de ahora disfruta sin respetar.

¿Cómo se ve la vida y la muerte a los 80 años?

Estoy contento y orgulloso de tener 80 años y que aún me puedo valer; además tengo muy buena memoria.

¿Cómo le gustaría que le recordasen?

Que he sido muy trabajador, teniendo mucha ilusión y disfrutando con todo lo que he hecho. Que no he sido envidioso y nunca me ha apetecido nada que no fuese mío.

Cuando yo muera, me gustaría ya que no he hecho mal a nadie, que no me criticaran nunca.

Miguel Angel Pérez